

LA CIVILIZACIÓN EN LA ENCRUCIJADA*

R.P. Dr. CORNELIO FABRO

Hace un siglo los primeros pasos resueltos de la ciencia moderna en el sentido propio y definitivo de este término daban el golpe decisivo al idealismo, y con el advenimiento de la ciencia surgía la civilización de la técnica, y se iniciaba el pasaje del artesanado privado al trabajo de producción organizada: la nueva era de la industria y las multinacionales, que ahora define nuestro mundo y funda con despiadado rigor las relaciones de fuerza. Se sabe que el neokantismo y el neoidealismo intentaron remontar la corriente, confiando demasiado en la inconsistencia y generalidad del positivismo, pero no comprendieron que el “espíritu del tiempo” (Zeitgeist) no vuelve nunca atrás y que la verdadera presencia del hombre en el tiempo está en el obrar desde el interior de aquél, no en el ignorar o despreciar sino en el escarbar y estimular los fermentos que lo mueven.

La reacción idealística contra la ciencia, por extraño que esto pueda parecer (¿es tan extraño?), triunfó sobre todo en los países latinos – en Francia, y sobre todo en Italia... – donde más viva era la tradición clásica contribuyendo, por la extraña némesis de la dialéctica de los opuestos, a hacer “precipitar” el principio opuesto, a desencadenar en oleadas sucesivas el empirismo, el pragmatismo, el materialismo dialéctico, el existencialismo, el problematicismo, luchando contra toda filosofía que no se resuelva en praxis y no se actúe en la acción sin residuos. He aquí los términos esenciales, por descarnados y pobres que puedan parecer, que dan el drama en el

* Título original “La civiltà al bivio” (1965), publicado en *Momenti dello Spirito*, I, Edizioni Sala Francescana di Cultura «P. Antonio Giorgi», Asís, San Damián, 1982.

DÍALOGO

cual se debate sin una vía de escape la crisis de nuestra civilización, que además es la suerte de cada uno de nosotros y nos invita a subir la cuesta transportándonos al otro lado del idealismo: hasta el criticismo de Kant, al iluminismo del siglo XVIII, a la surgente misma del pensamiento moderno con el *cogito* esencial que es ante todo y sobre todo un acto de voluntad, el pasaje al límite por parte de la conciencia en la autenticación de sí misma, como afirman los diagnósticos despiadados y convergentes a un tiempo de Heidegger y Sartre.

Así el idealista, que quería garantizar la interioridad, rechazando la relación con la exterioridad y cortando el cordón umbilical con la naturaleza, ha terminado sumergido por la naturaleza... pero a la segunda potencia, o sea a una naturaleza que la ciencia y la técnica han vuelto apocalíptica o catastrófica (Jaspers), donde el hombre es arrollado, porque envuelto, en el hacerse y devenir irresistible de la así llamada civilización de la técnica.

No es el caso aquí de señalar el fascinante problema de las relaciones siempre más intensas y cambiantes entre ciencia y técnica o bien el pasaje de una a la otra que constituye no sólo el resorte del "progreso" sino la misma exigencia más interior por aferrar el siempre más sutil y complicado "juego de conceptos", si pueden llamarse todavía con el venerable término de "conceptos" aquellos significados que los científicos de hoy dan a los propios términos. Estos en verdad – por decirlo de una forma trascendental – no pertenecen más a una elaboración conceptual, sino a los precisos fines de una "producción real" de efectos y fines mediante los cuales la ciencia encuentra su actuación en la técnica llevada al más alto nivel, bajo la guía de la ciencia misma, la cual a su vez, gracias a las posibilidades de la técnica, retoma su camino en las nuevas dimensiones de lo desconocido. Ninguna maravilla pues que la cultura clásica y la civilización de las letras que había dominado la formación del Occidente haya entrado en crisis, es más, que esté ya en plena decadencia y que esta decadencia venga como presentida

por grandes masas de conciencia y casi como un complejo de culpa, atribuyendo a la tradición clásica de Occidente la responsabilidad de una “sociedad cerrada” en los privilegios de casta y sorda a las exigencias de la libertad.

Vivimos por tanto en una situación de “fractura” entre la cultura literario-humanística y aquella científico-técnica, como advierte Geymonat al presentar el explosivo ensayo de Charles P. Snow, *Las dos culturas*. El título original completo es: *The two cultures and a second look* donde “look” indica ciertamente visual, perspectiva... o sea la redimensión de toda la escala de los valores que la nueva situación impone al hombre. El trasfondo más bien sutil, pero fácilmente aferrable, de la posición de Snow es una acusación bien precisa a la formación de los hombres políticos de nuestro tiempo – la dirige sobre todo a Inglaterra, pero vale más o menos también para los EE.UU. y para todo el mundo occidental –, aquella de atenerse a una tradición clásica que los fija al pasado, de haber optado por las Letras contra las exigencias de la ciencia, de haber por ello roto el equilibrio que literatura y ciencia podían mostrar hace un siglo en favor del contendiente más aguerrido y, digámoslo francamente, más inútil.

Una vez, y hasta hace algún año (y el A. cita con razón la luminosa prosa de Whitehead), ilustres científicos podían ser también sinceros amantes de las Letras e insignes humanistas: ahora las dos partes, después de un breve período de indiferencia – los veinte años entre las dos guerras – parecen haber pasado a la hostilidad abierta – a la ruptura en dos grupos contrapuestos. Literatos en un polo y científicos en el otro; los más representativos de los cuales son los físicos... Los unos tienen una imagen extrañamente distorsionada de los otros. Las posturas son tan diversas que no hay un terreno común ni siquiera en lo que se refiere a las emociones (p. 6): de aquí el acusarse recíprocamente de superficialidad, de charlatanería, de artificio, de improvisación u

DIÁLOGO

otras afirmaciones por el estilo, un estilo de ningún modo edificante y para nada consolador para el hombre contemporáneo que está de este modo obligado a caminar en densas tinieblas.

Escuchamos: “Los no científicos” – léase “los literatos” – tienen una arraigada impresión de que los científicos están animados por un optimismo superficial y no tienen conciencia de la condición del hombre. Por otra parte, los científicos creen que los literatos están totalmente privados de previsión y nutren un particular desinterés por los hombres, sus hermanos; que en el fondo son anti-intelectuales y se preocupan de restringir tanto el arte cuanto el pensamiento al momento existencial. Y así sucesivamente... (p. 7). Nuestro autor, como es fácil de prever, está por la afirmación de la ciencia y esto, no tanto por motivos profesionales cuanto por la esencia misma de la relación que la ciencia instituye o puede instituir con el ser del hombre al insertarse en el corazón mismo de la vida moral: hay un componente moral propio en el sentido mismo de la ciencia, y casi todos los científicos se forman un propio juicio de la vida moral (p. 14).

Por esto las lagunas imputables, e inevitables, a la formación científica no tienen ni el sentido ni las consecuencias de aquellas en las que navegan bienaventurados y satisfechos los literatos: ellos pretenden que la cultura tradicional constituya la totalidad de la “cultura”, como si el orden natural no existiese, como si la exploración del orden natural no tuviese ningún interés, ni por su valor intrínseco ni por sus consecuencias. Como si el edificio científico del mundo físico no fuera, en su profundidad, complejidad y articulación intelectuales, la más espléndida y magnífica obra colectiva de la mente humana. De todos modos, en la mayor parte, los no-científicos no tienen la mínima idea de aquel edificio.

Y no tanto, todavía, porque los no-científicos se entretengan con imágenes vacías o se dispersen siempre en nebulosas: se trata de que, obstinándose en las posiciones de aislamiento de la vida por puro gusto estético, ellos vuelven la espalda a la marcha irresistible

del progreso y del bienestar. Snow es más bien drástico: “No se trata solamente del hecho de que los jóvenes científicos hoy sienten que forman parte de una cultura en auge, mientras la otra está en retirada. Se trata también, por ser brutal, del hecho de que los jóvenes científicos saben que con un doctorado mediocre, obtendrán un buen puesto, mientras los coetáneos y colegas de Inglés e Historia serán afortunados si llegan a ganar dos tercios de lo que ellos” (p. 18). Verdaderamente, un poco más abajo esta brutalidad viene atemperada y en cierto modo redimida por consideraciones más humanas, por el reclamo a los beneficios que la ciencia y la técnica pueden ofrecer a grupos siempre más vastos y en abundancia siempre mayor. Y esto en todos los campos, en la medicina, en la alimentación, en el desarrollo de la cultura: “salud, alimento, instrucción: solamente la revolución industrial podía hacer llegar todas estas cosas hasta los estratos más pobres” (p. 27). Él muestra como ejemplo, en esta revolución constructiva del hombre del porvenir, Rusia con sus 130.000 doctorados anuales (científicos e ingenieros) y aprecia el esfuerzo de los americanos, mientras critica amargamente a Inglaterra su patria donde la ruptura domina todavía (p. 35).

Un tal diagnóstico no podía por cierto prometernos una conclusión de irenismo, edulcorado y conciliante: “En nuestra sociedad (o sea en la adelantada civilización occidental) hemos perdido también la simple pretensión de una cultura común. Personas que han tenido la más rica preparación cultural que haya según nuestro entender, ya no alcanzan a comunicarse entre ellos sobre el plano de sus principales intereses culturales. Esto es un hecho grave para nuestra vida creativa, intelectual y sobre todo moral” (p. 60).

Vale decir que el hombre moderno ya no se halla en condiciones de reencontrar o restablecer la propia unidad: Snow rebate con mucha gracia numerosas críticas, pero se lee entre líneas que no está contento, que a su parecer no existe ninguna solución completa, ni siquiera, por tanto, aquella de la ciencia. Pero el discurso parece que termina aquí, a mitad de camino, y querría más

DIALOGO

bien pedir una colaboración, un acercamiento, que pronunciar o complacerse en una condena.

Geymonat, en su presentación, parece de acuerdo con Snow en los límites y en el sentido indicado, el acuerdo es ciertamente razonable. El problema sin embargo que tiene inquieto a Snow es más profundo aún cuando no esté resuelto: ¿es posible recuperar la unidad del hombre que ahora parece alterada de manera irreparable? ¿y a qué precio? Él recuerda la selva de obstáculos y prejuicios que semejante "camino del hombre integral" debe superar y señala, con un ardid genial, al ímpetu dinámico y al carácter profético que la revolución científica de la era contemporánea puede liberar en su avance. Podríamos como resumirlo diciendo: al "humanismo diletante" e inoperante, vuelto al pasado, de la cultura clásica, la ciencia opone la "humanidad constructiva de sus crecientes posibilidades de socorrer a las necesidades y de aliviar el dolor — una tarea que dentro de poco podrá asumir dimensiones universales.

Sin embargo, la posibilidad de semejante dilatación de la humanidad presupone una unificación del concepto de hombre, exige un acuerdo sobre el horizonte del ser y sobre el trazado del camino que corresponde en el futuro. Ahora aquí la ciencia, aliándose con la técnica, puede dar los medios, no aclarar los principios ni señalar el fin, de los cuales puede solamente surgir la universalidad y la unidad del "sentido del hombre".

En esta "búsqueda del fundamento" la mediación entre las dos culturas no puede venir puramente de la filosofía, que se ha convertido ya en un *locus vacuus*: no por casualidad Snow la ignora entre los protagonistas de la civilización contemporánea, pero es también por esto que su llamada queda como un interrogante, no como una respuesta. Se trata de que la filosofía de hoy, hija de la inmanencia moderna, se ha estrechado sobre la insignificancia del ser, estéril y complacida del vacío de sus fórmulas. Por todas partes se multiplican cátedras de filosofía (especialmente en Italia...), pululan como hongos los congresos de filosofía internacionales,

nacionales y regionales, observan con puntualidad sus plazos... Pero los filósofos comienzan a darse cuenta cada vez más de que el mundo no sabe qué hacer con sus palabras y que avanza perfectamente (¡así se cree!) sin ellos.

Es sintomático que después de la transformación de las universidades modernas, hecha por obra de la ciencia y de la política, la filosofía ha sido relegada (en Italia y en muchas naciones) a la facultad de letras y se resigna al peligro inminente de evaporarse en el discurrir infinito de la retórica o en el cortejar, sin criterio o competencia, a la ciencia y a la técnica. La filosofía moderna ha pretendido arrojar de su trono a la teología; pero no la filosofía, sino la ciencia es la que ha tomado las riendas del mundo y ha expulsado del templo del saber como inútil a la filosofía. Esto – lo decimos sin temor de mentir y no faltará ocasión de retornar sobre el argumento – no depende hoy de la superioridad de la ciencia sino de la insuficiencia e incluso de la insignificancia de la filosofía que se ha contraído sobre la nada.

Pero ni siquiera la ciencia puede bastar. Show hace bien en defender el optimismo y alimentar los resplandores de una esperanza cuando nos empuja a luchar porque la sociedad vaya al encuentro de un futuro mejor. Pero tampoco él puede dejar de reconocer que hoy “cada uno de nosotros está solo, cada uno de nosotros muere solo”. Ya Nietzsche había advertido que “... el desierto crece: ¡ay de aquel que en sí encierra desiertos!” (die Wüste wächst: weh, dem der Wüsten birgt). La ciencia entonces, sin la guía del Principio, no hará más que acrecentar en desmesura la soledad para desembocar en el pánico cósmico, para dejar al hombre, indefenso e insignificante, en los límites de la nada apocalíptica que puede irrumpir sobre el mundo a cada instante.